

COLECCIÓN INVENTAMOS O ERRAMOS

---



# **Niñez plural**

## **Desafíos para repensar las infancias contemporáneas**

COLECCIÓN INVENTAMOS O ERRAMOS



**Niñez plural**  
**Desafíos para repensar las**  
**infancias contemporáneas**

Andrea Szulc, Silvia Guemureman,  
Mariana García Palacios y  
Adelaida Colangelo  
(Coordinadoras)

Andrea Szulc  
Silvia Guemureman  
Mariana García Palacios  
Adelaida Colangelo  
María Celeste Hernández  
Pía Leavy  
Luisina Morano  
Nuria Caimmi  
Melina D. Varela  
Paülah Nurit Shabel  
Hebe Montenegro  
Camila Parodi  
Santiago Morales  
Rocío Aveleyra  
Lucía Romano Shanahan  
Greta Winckler

Colección  
*Inventamos o erramos*

EDITORIAL  
EL COLECTIVO 

Abya Yala, 2023

Niñez plural. Desafíos para repensar las infancias contemporáneas  
Andrea Szulc... [et al.]; compilación de Andrea Szulc... [et al.];  
Prólogo de Claudia Fonseca.

1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: El Colectivo, 2023.

150 p. ; 23 x 15 cm. - (Inventamos o erramos ; 8)

ISBN 978-987-8484-30-3

1. Infancia. 2. Protección a la Infancia. 3. Antropología. I. Szulc, Andrea  
II. Fonseca, Claudia, prolog.

CDD 301

Imagen de tapa: **Luisina Morano**

Ilustración de página 4 y contratapa: **Rini Templeton**

Diseño de tapa: **Tatiana Kravetz**

Diagramación interior: **Francisco Farina**

Cuidado de la edición: **Matías Alcántara**

Corrección de estilo: **Matías Alcántara y Wilder Pérez Varona**

### **Editorial El Colectivo**

[www.editorialelcolectivo.com](http://www.editorialelcolectivo.com)

[contacto@editorialelcolectivo.com](mailto:contacto@editorialelcolectivo.com)

Facebook: Editorial El Colectivo


Twitter: [@EditElColectivo](https://twitter.com/EditElColectivo)

IG: [@EditorialElColectivo](https://www.instagram.com/EditorialElColectivo)

Editorial El Colectivo forma parte de la COOPERATIVA DE PROVISIÓN  
DE SERVICIOS PARA LA ACTIVIDAD EDITORIAL TYPEO LTDA.


**TyPEO (Territorio y Producción Editorial Organizada)**

IG: [@typeoeditoriales](https://www.instagram.com/typeoeditoriales)

 Esta edición se realiza bajo la licencia de **uso creativo compartido** o **Creative Commons**. Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones:

 **Atribución:** se debe mencionar la fuente (título de la obra, autor/a, editorial, año).

 **No comercial:** se permite la utilización de esta obra con fines no comerciales.

 **Mantener estas condiciones para obras derivadas:** sólo está autorizado el uso parcial o alterado de esta obra para la creación de obras derivadas siempre que estas condiciones de licencia se mantengan para la obra resultante.

# Índice

<b>Prólogo</b>	
<i>Claudia Fonseca</i> .....	9
<b>Infancias, alteridades, historicidad y agencia. Claves conceptuales desde las ciencias sociales</b>	
<i>Andrea Szulc, Adelaida Colangelo, Mariana García Palacios y Silvia Guemureman</i> .....	13
<b>Pasos para deconstruir el cuidado infantil: lo cotidiano más allá del hogar</b>	
<i>María Celeste Hernández, Pía Leavy y Luisina Morano</i> .....	29
<b>Sentidos e intervenciones en torno al cuidado infantil: políticas públicas y tramas institucionales</b>	
<i>Silvia Guemureman, Adelaida Colangelo, Nuria Caimmi y Melina D. Varela</i> .....	47
<b>Participación e infancias: formas de hacer y disputar poder en contextos adultocéntricos</b>	
<i>Paūlah Nurit Shabel, Hebe Montenegro, Camila Parodi, Santiago Morales y Andrea Szulc</i> .....	71

<b>Experiencias formativas y conocimientos. Les niñas en las tramas intergeneracionales</b>	
<i>Mariana García Palacios, Melina D. Varela, Rocío Aveleyra, Lucía Romano Shanahan y Andrea Szulc</i> .....	83
<b>¿De qué hablan los feminismos con las niñas? Diálogos e interferencias entre dos campos de teorías y activismos</b>	
<i>Pía Leavy, Luisina Morano, Paülah Nurit Shabel, Lucía Romano Shanahan y Mariana García Palacios</i> .....	105
<b>Ensayo visual</b>	
<i>Montaje por Greta Winkler y María Celeste Hernández</i> .....	126
<b>Referencias bibliográficas</b> .....	129
<b>Sobre las autoras y los autores</b> .....	143



# **Pasos para deconstruir el cuidado infantil: lo cotidiano más allá del hogar**

María Celeste Hernández,  
Pía Leavy y Luisina Morano

## **Introducción**

En la actualidad, el cuidado infantil aparece como relevante en un contexto en el que el cuidado en general –sobre todo a partir de la pandemia de COVID-19– ha sido visibilizado como una actividad esencial para la sostenibilidad de la vida, pero profundamente devaluada en términos económicos y simbólicos. Asimismo, las tareas de cuidado implican relaciones sociales que requieren ser problematizadas, dando lugar a un fructífero campo de discusiones que permite romper con estereotipos en torno a los géneros, las edades, las clases sociales, las identidades nacionales o étnicas y los roles que se atribuyen a las personas para vivir en sociedad.

A lo largo de este capítulo, procuraremos desnaturalizar una serie de imágenes cristalizadas en torno a las infancias y sus cuidados. Para ello, en primer lugar, presentamos brevemente algunos debates y propuestas en torno al cuidado infantil. Luego, retomamos diversos pasajes de nuestros trabajos de campo que nos han permitido aproximarnos a los modos en que efectivamente se lleva adelante el cuidado en los distintos contextos sociales, culturales y económicos en los que acontece. A partir de ellos buscamos problematizar tres aspectos: el trabajo de cuidar, la espacialidad y las relaciones intergeneracionales. Desde esos ejes, procuramos explorar las posibilidades de un abordaje socio-antropológico que aporte herramientas para documentar la realidad social sin perder de

vista la necesidad de analizar en simultáneo las categorías de niñez y cuidado.

## **¿Qué es el cuidado infantil? Una propuesta de abordaje**

Cuando pensamos en la niñez, una serie de imágenes se suceden en libre asociación reuniendo recuerdos, anhelos o críticas. Si nos detenemos un instante, podremos advertir que muchas de ellas refieren a su cuidado, a distintas actividades y relaciones –o su ausencia– que buscan propiciar el bienestar de niños y niñas y hacer posible su vida. Que la niñez y el cuidado se presenten estrechamente ligados habla de nuestras ideas sobre este momento de la vida, tanto como de las experiencias infantiles con que aquellas –de distintos modos– se relacionan.

Aun siendo tan fundamental para la vida, recién en las últimas décadas el cuidado se constituyó en objeto de estudio de las ciencias sociales. Gracias a los movimientos feministas, que en los últimos años han copado las calles y avanzado sobre los espacios académicos y gubernamentales, sabemos que no hay nada “natural” en torno a cómo se cuida. A su vez, la práctica y la teoría feminista hace décadas que denuncia que la asociación de lo femenino al hogar, los afectos, las emociones y las tareas de cuidado, refuerza la imaginaria dicotomía público/privado. Aquella que en contrapartida presenta el trabajo remunerado, el dinero, la política y el poder –“lo masculino”– como algo autónomo y autosustentable que, sin embargo, no puede existir sin la multiplicidad de cuidados que ocurren en el hogar<sup>1</sup>. Unos y otros planteos posibilitaron que se pusiera en evidencia un conjunto de actividades, saberes y lógicas que habían quedado invisibilizadas en las sociedades industriales contemporáneas (Epele, 2012). Y paralelamente, al correr la mirada de la esfera individual y del ámbito doméstico y privado en que históricamente fue considerado, el cuidado pudo inscribirse en el entramado de actores, instituciones, políticas públicas y legislaciones en que tiene lugar.

---

<sup>1</sup> En vistas de desarmar estas ideas tan arraigadas sobre las responsabilidades de cada género, los estudios de economía feminista aportan valiosas herramientas para visibilizar la importancia de los cuidados en las sociedades: buscan calcular el valor económico de las tareas de cuidado, así como permiten discutir el “actor racional” varón, informado y autónomo que orienta las políticas públicas. Estas discusiones abren el camino para desarmar la idea de individuo, “hombre champiñón” que crece y se desarrolla sin ayuda de nadie, tan vigente en el sentido común como irreal. En pocas palabras, las economistas feministas permiten observar que el sistema “funciona” porque hay mujeres que trabajan gratis.

En este sentido encontramos los trabajos de Faur (2014) y de Esquivel, Faur y Jelin (2012) que, desde un interés centrado en las políticas públicas, las relaciones de género y el papel del Estado, definen su tema de estudio en términos de la organización social y política del cuidado infantil en la Argentina. Según las autoras, esta:

se constituye en la actuación de distintas instituciones (Estado, familias y agencias y servicios del mercado y la comunidad) y responde a los valores simbólicos (entre ellos, las imágenes de género y la división sexual del trabajo) de una comunidad. Por consiguiente, pone de manifiesto la dinámica y la interdependencia entre factores estructurales, tendencias políticas e ideológicas y cierto “estado de la cultura” (Faur, 2014: 51).

En este marco, cuidado remite a una categoría de sentidos múltiples y alcances variables que posibilita, por tanto, aludir a una multiplicidad de maneras concretas en que se efectiviza, piensa y valora en las vidas de las personas. Así como, en un juego de escalas, permite mirar las formas particulares en que una sociedad afronta su provisión, cómo se organiza social y políticamente. Ahora bien, asociado a la niñez, el momento vital que nos ocupa, las referencias al cuidado nos invitan a contemplar otras cuestiones.

Inicialmente, podemos remarcar que el concepto de cuidado infantil está estrechamente relacionado al de “crianza”, aunque este último refiera especialmente a los procesos de atención y formación de niños que se producen en los entornos más cercanos, como las familias, durante los primeros años de vida, mientras cuidado refiere a procesos que trascienden el ámbito doméstico e involucra a un conjunto más amplio de actores e instituciones (Llobet, 2011; Colangelo, 2018).

En particular, la disciplina antropológica ha sido pionera en estudiar las formas de cuidado infantil en contextos de diversidad cultural (Mead, 1930) y ha demostrado que la necesidad de las personas de ser cuidadas constituye un fenómeno universal, pero el modo en que lo hacen es infinitamente heterogéneo. En este sentido, se ha visibilizado la necesidad de comprender el cuidado infantil en consideración de las particulares concepciones de niñez y persona, así como las maneras en que se organizan el curso de la vida y las relaciones sociales (Niñez Plural, 2019). A modo de ejemplo, podemos regresar a los imaginarios con que cada persona comenzó la lectura de estos párrafos, probablemente advertiremos que las infancias que anhelamos en ellos son posibles en el marco de un conjunto de cuidados que evaluamos como imprescindibles.

Los propios sentidos de niñez se ponen allí en evidencia, tanto como las formas en que estrechamente vinculados, pensamos su cuidado. Al mismo tiempo, enfatizamos desde esta mirada que los modos en que el cuidado se organiza y las lógicas –muchas veces en tensión– que se forjan en ese arreglo modelan las experiencias infantiles. De aquí la relevancia de abordar ambas nociones, y cómo se enlazan, para comprender la niñez en su pluralidad<sup>2</sup>.

Desde esta perspectiva, podemos formular entonces un conjunto de interrogantes. ¿Cómo se cuida a niñas y niños? ¿Qué prácticas y relaciones implican cuidado? ¿A qué necesidades o requerimientos buscan dar respuesta esos cuidados? ¿Quiénes se ocupan de esas tareas? ¿Con qué recursos se cuenta para hacerlo? ¿Qué supuestos, valores y afectos moviliza esa provisión de cuidados? ¿Qué instituciones y organizaciones intervienen? ¿De qué maneras las políticas públicas contribuyen (o no) para realizarlos? Por un lado, se trata de preguntas amplias y susceptibles de ser respondidas de múltiples modos según les actorxs con quienes busquemos acercarnos a ellas. Eso es parte de la apuesta: comprender el cuidado como un proceso sociocultural que reconoce la diversidad.

Por otro lado, sabemos que en esos procesos se vuelve ineludible leer dinámicas de producción y reproducción de las desigualdades sociales. Esto queda en evidencia si atendemos a cómo se distribuyen los trabajos de cuidado, en mayor medida precarizados y con bajos salarios, habitualmente a cargo de quienes ocupan posiciones sociales subordinadas (mujeres, migrantes, personas pertenecientes a las clases populares y a minorías étnicas). También es posible visibilizar desigualdades al considerar las condiciones socioeconómicas en que se despliega el cuidado, así como la variación de la oferta, posibilidades de acceso y calidades implicadas.

Sin perder de vista las múltiples dimensiones de abordaje de lo social para profundizar su comprensión, la antropología inicia su reflexión desde lo próximo y concreto. El trabajo de campo antropológico implica una dinámica de mucha cercanía con las personas que colaboran con nuestras investigaciones. Las acompañamos en sus rutinas, hogares y recorridos a través de distintas instituciones, como también en sus momentos de ocio. En todos esos escenarios realizamos observaciones y sostenemos charlas o entrevistas

---

<sup>2</sup> Invitamos a leer un artículo colectivo de nuestra autoría donde presentamos antecedentes bibliográficos y profundizamos en las temáticas y perspectivas que construyen esta mirada del cuidado infantil y la niñez desde una perspectiva antropológica (Niñez Plural, 2019).

que nos permiten conocer cómo es su día a día, cuáles son sus ideas, valores y formas de sentir. En particular, cómo entienden la niñez y su cuidado y de qué modo se organizan las familias y otras personas para cuidar en contextos sociales, culturales y económicos muy diversos. Esta aproximación, además, busca poner en suspenso las propias formas de pensar y así brinda la posibilidad de conocer antes que calificar o juzgar. Este dato no es menor si consideramos el lugar sensible que ocupan las infancias en nuestra sociedad y la carga valorativa que recae sobre sus cuidados –o la supuesta ausencia o “inadecuación” de estos– desde la que se erigen muchas prácticas e intervenciones sociales.

Nuestra aproximación al cuidado infantil se nutre de los aportes que hemos mencionado, tanto como de la labor que venimos desarrollando en el abordaje antropológico y sociológico de la niñez desde una mirada que repara en la alteridad. Es decir, una manera de reflexionar sobre las infancias desde las diferencias, diversidades y heterogeneidades, sin perder de vista las relaciones de poder, posiciones contrastantes y desigualdades que las atraviesan. Desde esta perspectiva, nuestras investigaciones muchas veces registran experiencias y voces que son poco escuchadas a la hora de pensar los modos “adecuados” de cuidar a les niñes. En esa tarea se evidencian entonces las tensiones en torno al cuidado y los procesos que llevan a que determinadas personas, grupos o comunidades no sean estimados como cuidadores. En lugar de ello, se constituyen en destinatarios de medidas que buscan “enseñar” hábitos “correctos” de cuidado o incluso llegan a ser catalogados como “no aptos” y sus prácticas impugnadas como formas de “abandono”, con consecuencias muchas veces irreversibles en las vidas de adultes y niñes.

En las páginas que siguen, nos interesa reponer algunos pasajes de nuestros trabajos de campo para complejizar las reflexiones sobre el cuidado. En particular, buscamos problematizar ciertos enfoques que restringen el cuidado infantil a los hogares y a determinadas personas, y al hacerlo, omiten y niegan las condiciones y relaciones en que tiene lugar. Nos interesa visibilizar cómo se configura un complejo escenario de prácticas, discursos y organizaciones en torno a los cuidados en el que se entrelazan definiciones de niñez, familia y relaciones de género y generacionales, entre muchas otras, que procuramos repensar.

## El trabajo de cuidar

Desde siempre trabajé en el campo, pasé por todas las fincas, juntaba agua de los charcos, éramos hermanas de las ratas [risas] dormíamos en el piso, ¡trabajé en cada finca! [risas] pero lo que más trabajo da es hacer crecer la cría, hacerlos crecer [...] nosotros somos los que los traemos al mundo y ellos no saben hacer nada y ahí nos tenemos que encargar, y si no se encarga una, no se encarga nadie, el cuidado de los changos no se termina nunca... (Entrevista Rosa, madre criolla, Orán, marzo 2011)<sup>3</sup>.

Rosa era madre de once hijos y abuela de seis niños, y vivía en una finca en el norte de la provincia de Salta. Una ventana de su casa funcionaba como un comercio de alimentos por donde los mediodías y las noches pasaba los platos de comida a quienes trabajaban en las fincas de la zona. Mirar su casa y sus caminatas, entre la pileta construida con gomas de camiones cortadas por la mitad y la caja registradora al lado de las fotos de las comuniones de sus hijos, permitía observar los enredos entre las esferas de lo público y lo privado. Desde una mirada binaria, el cuidado emerge como aquella actividad altruista y virtuosa, necesariamente femenina, que se define por oposición al trabajo. Sin embargo, queremos iluminar que el cuidado puede ser pensado como un trabajo esencial que se caracteriza por ser no remunerado. Con esto no negamos que implique amor y sentimientos –¿qué trabajo no los implica? podríamos preguntarnos y así abrir nuevos debates– sino que es necesario observar su dimensión material y también sus particularidades en relación con ese “otro” trabajo, masculino y valorizado. Por eso recuperamos las palabras de Rosa, porque refieren al cuidado infantil como un trabajo que no termina nunca, a diferencia del trabajo remunerado “en el campo” que se termina, no solo cuando termina el día, sino también cuando llega el momento de materner.

La situación de Rosa refleja la realidad de la mayoría de las mujeres que viven en Argentina, donde se da por entendido que siempre hay una mamá que cuida y tiene tiempo y dinero para hacerlo. Una de las intervenciones estatales que existen en esta materia, junto a la obligatoriedad de la educación básica, se limita a la protección de la madre trabajadora (implicada en las licencias durante el período de gestación, alumbramiento y lactancia) (Rodríguez Enríquez, 2015). Ahora bien, sin trabajo registrado, no hay licencias. La Asignación

---

<sup>3</sup> Estos fragmentos pertenecen al trabajo de campo realizado por Pía Leavy (2017, 2019) en los departamentos de Orán y Rivadavia de la provincia de Salta entre los años 2010 y 2019.

Universal por Hijo (AUH) y por Embarazo ha sido una de las estrategias estatales para revertir esta situación y brindar algún tipo de protección a las madres que trabajan de manera informal o están desempleadas<sup>4</sup>. Si bien esta medida constituye un avance en materia de protección social, resulta problemático que otorgue derechos sociales a las mujeres solo por su condición de madres<sup>5</sup>.

Rosa no cobraba la AUH porque su marido trabajaba en forma registrada, pero sí cobraba un subsidio por tener más de siete hijos. Ella nunca tuvo una licencia por maternidad, ni su madre, ni sus hermanas que también trabajaron en fincas de producción agrícola. Asimismo, cabe destacar que sólo 4 de cada 100 niñas entre 0 y 5 años del quintil de menores ingresos accede a una institución de enseñanza, crianza y cuidado (Cardini, Guevara y Steinberg, 2020). Aunque en los últimos años se ha difundido la necesidad de proveer servicios de cuidado durante los primeros años de vida, su oferta continúa siendo muy escasa y se encuentra concentrada en las zonas del país donde habitan las poblaciones de mayores ingresos. De este modo, el cuidado infantil emerge como el principal trabajo de aquellas mujeres que deciden ser madres, disminuyendo sus posibilidades de trabajar en forma remunerada. En paralelo, el ámbito doméstico y familiar continúa vigente en el imaginario como el espacio en que deben permanecer las niñas junto con sus madres.

Las dinámicas que organizan estos espacios permiten observar entonces que es necesario revisar los roles tradicionales que estructuran la idea de familia nuclear. Si bien los varones permanecen eximidos de la responsabilidad de cuidar niñas, el rol de “proveedores” resulta poco explicativo o representativo. Hace más de una década, Rosa nos contaba: “no me alcanza para mis cosas y me cuesta sacarle a mi patrón, nunca me da y yo nunca tengo para mí, pero con la pensión hago unos pesitos y le doy algo a mis hijos” (Entrevista Orán, marzo 2011). Rosa se refiere a su marido como su “patrón”, y no está refiriendo a cualquier relación laboral, sino a los modos en que son comprendidas las experiencias de trabajo en este contexto, signadas por la informalidad. Su caso, como el de muchas otras en Argentina, permite observar que las “mujeres cuidadoras” no acceden a los salarios del principal sostén del hogar. Ellas no sólo cuidan, sino que, además, intentan permanentemente generar dinero, tanto para ellas

---

4 Esta consiste en una transferencia monetaria a los hijos de personas desocupadas que trabajan en el mercado informal o ganan menos del salario mínimo, vital y móvil.

5 Para profundizar en estas tensiones consultar los trabajos de Fournier (2017) y Faur (2014).

como para proveer a sus hijos: vendiendo comidas, haciendo changas, cuidando otros niños o limpiando casas, entre otras actividades. Estas situaciones muestran que el trabajo de cuidar lejos está de constituir una actividad altruista, armoniosa y/o meramente amorosa. Es un trabajo que estructura la vida cotidiana y que implica negociaciones y tensiones entre las personas desigualmente posicionadas que integran una familia.

Asimismo, los modos de organizar el cuidado están estrechamente vinculados a la oferta de servicios públicos (como la educación, la salud o el transporte), que no siempre resuelven las necesidades de las personas. Tal era el caso de Carina (22 años), que decidió mudarse a una comunidad rural ava-guaraní con su pareja, Marcos (20), cuando quedó embarazada, porque allí podía dejar a su beba y a su hijo de tres años al cuidado de familiares de él. En este sentido, Carina explicaba: “aquí los changos pueden estar con nosotros mientras trabajamos la tierra, en las fincas hay que trabajar campo adentro y no pueden estar” (Entrevista Carina, madre ava-guaraní, octubre 2014). En la comunidad, cada familia poseía una parcela donde principalmente se producían bananas para vender en la feria franca, pero también había espacios destinados a la producción para consumo propio. Si bien quienes habitaban esta comunidad eran las únicas personas del ámbito rural que tenían un reconocimiento estatal del derecho a sus tierras, la falta de escuelas rurales, vehículos propios para llegar hasta la ruta y de un transporte público adecuado obstaculizaba el acceso a las escuelas que se ubicaban en la ciudad más cercana. Por estos motivos, la vida en la comunidad solo era posible para familias que no tuviesen hijos en edad escolar.

En otros casos, los integrantes de las familias se instalaban en diferentes ciudades para responder a las demandas del mercado y el cuidado infantil. Tal era el caso de Estela (22 años), oriunda de Chuquisaca (Bolivia), que había migrado con su pareja y su beba de siete meses a trabajar como jornalera a una finca de Orán y había dejado a sus hijos mayores de seis y cuatro años con su mamá, en la ciudad boliviana de Tarija. “Ella es pequeña y me permite trabajar”, me decía refiriéndose a su hija bebé (Registro de campo, Estela, madre boliviana criolla, mayo 2011). Así pues, ella utilizaba un aguayo<sup>6</sup> con el que sujetaba a su hija en la espalda para poder trabajar en la cosecha manual. A medida que la beba fue creciendo, Estela comenzó

<sup>6</sup> El aguayo tradicional es un tejido hecho a mano utilizado por las mujeres del altiplano de Bolivia y Perú. En la actualidad pueden estar confeccionados de modo industrial, de todos modos, es una tela muy resistente, que puede utilizarse para cargar bebés en la espalda o para transportar los efectos personales o las mercancías.



a realizar otras actividades rentadas, como elaborar comida para vender a los empleados rurales u otras tareas, que ante su pedido, le asignara el encargado de la finca para realizar en su casa.

Los ejemplos etnográficos mencionados permiten observar que para hablar de cuidado infantil es necesario mirar más allá de la diada “madre-hijo”. Con esto nos referimos a las relaciones implicadas en la maternidad, los trabajos remunerados que se realizan y las condiciones materiales no solo de cada grupo familiar, sino de la comunidad y/o localidad a la que pertenecen. En este sentido, cuestiones tales como el acceso a tierras, el estado de los ríos y del agua disponible, las actividades económicas y productivas cercanas a las viviendas y la exposición a contaminación son aspectos que definen las estrategias que despliegan las personas a cargo de cuidar en cada contexto. Les niños crecen en un entramado de relaciones sociales que es preciso iluminar para comprender cómo son cuidados. Es necesario entonces ver más allá de las personas adultas cuidadoras para pensar las condiciones de vida de cada niño, ya que éstas no derivan únicamente de sus decisiones.

Lejos de romantizar o idealizar las experiencias infantiles en contextos de pobreza e informalidad laboral, nos interesa destacar que observar las prácticas y relaciones de cuidado, revela diferentes experiencias de maternidad, familia y niñez. El cuidado es una vía para observar el despliegue de estrategias que se desarrollan cotidianamente para vivir y las negociaciones entre personas que se ubican en posiciones desiguales. Se torna necesario mencionar una vez más que debemos observar más allá del ámbito doméstico para comprender cómo se cuida, pues las vidas infantiles no se desarrollan únicamente entre la escuela y el hogar. Encontraremos algunas pistas al centrar la mirada en la cotidianeidad infantil.

### **Las tramas del cuidado**

Si miramos de cerca el día a día de los niños con las preguntas por su cuidado en mente, seguramente advertiremos que hay formas particulares y diversas de realizarlo. Descubriremos también que ocurre en distintos ámbitos, pone en relación –no sin conflictos, como ya hemos visto– a muchas personas de distintas edades e involucra proyectos, planes y políticas, tanto estatales como de organizaciones sociales o emprendimientos privados. Nos interesa ahora acercarnos a esos interrogantes desde las espacialidades infantiles, es decir, desde las maneras concretas en que los niños que participaron de nuestros trabajos de campo etnográficos habitan sus pueblos, parajes o ciudades.

Reunidos en la esquina frente a la escuela, nos mira un grupo de chicos conocidos. Desde la verdulería saluda la tía de Rocío y luego nos cruzamos con dos de sus hijos que regresaban de la copa de leche con una jarra de plástico entre sus manos. Llegando a la entrada del pasillo, sorteo las chapas ubicadas sobre el suelo embarrado por las lluvias de los últimos días e ingreso con intención de visitar a la familia de la niña. Allí encuentro a Rocío (10 años) que había ido a la escuela a la mañana y ahora salía apurada a buscar a su hermano menor. La jornada en la “casa de los bebés”<sup>7</sup>, donde el pequeño asistía diariamente ya había finalizado, y a Rocío se le había hecho tarde para ir a buscarlo por quedarse mirando televisión. Iba preocupada pensando que su mamá la retaría si volvía de trabajar y se enteraba que se había demorado tanto en retirarlo. Ofrecí acompañarla y salimos hacia la calle sorteando nuevamente los charcos de agua (Fragmento de registro de campo, La Plata, 2011)<sup>8</sup>.

En una zona periférica y muy heterogénea en términos socio-urbanos de La Plata (Provincia de Buenos Aires), les niños con quienes realizamos nuestra etnografía pertenecían a los sectores más pobres, todes elles, entre les que se encontraba Rocío, vivían con sus familias en viviendas precarias y de pequeñas dimensiones. Durante la semana, la escuela del barrio y el centro de día de una organización social al que asistían a contraturno de aquella, eran lugares relevantes en su cotidianeidad. El comedor de una iglesia y las copas de leche próximas a sus casas también eran frecuentados. Los desplazamientos entre estos lugares se realizaban caminando entre pares, con chicos más grandes y habitualmente con otros más pequeños. Buena parte del tiempo restante, y en mayor medida los fines de semana, lo ocupaban “callejando” entre chicas y chicos.

Ese modo de “andar la calle” daba la posibilidad de tomar decisiones y manejarse con autonomía, lo que no implicaba que estuviesen libradas a su único criterio. En esos recorridos, el espacio doméstico era central. De un modo, quienes se ocupaban de su cuidado (en mayor medida familiares adultos) otorgaban o no permisos y establecían pautas que buscaban regular la espacialidad y prácticas infantiles. De otra manera, en “la calle”, la calzada próxima a

---

7 Uno de los centros de día de una organización social que trabaja con bebés, niños, adolescentes y jóvenes desde hace más de veinticinco años en el barrio. La organización integra el Sistema de Promoción y Protección de Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes (Ley Provincial 13.298).

8 Estos fragmentos fueron reunidos en el marco del trabajo realizado por María Celeste Hernández (2016, 2019) en un barrio platense entre los años 2009 y 2013.

su vivienda<sup>9</sup>, les niños estaban a la vista y al cuidado de parientes, amigos y vecinos. Madres, padres y hermanos mayores reconocían en ese espacio cercano cierta continuidad en los cuidados que propiciaba la permanencia de los niños hasta que oscureciera. Las palabras y miradas que caracterizaban esa dinámica barrial cuidaban a los niños informando de su ubicación y compañías. Ello generaba no pocas tensiones entre quienes, aun valorando positivamente esas experiencias, reconocían diversos “peligros” a los que los niños se exponían (el tránsito, la precaria infraestructura urbana o situaciones relacionadas al consumo de alcohol o la venta de drogas).

Seguir los pasos de los niños, reconstruir los espacios por los que circulan, posibilita conocer sus ámbitos de sociabilidad tanto como introducir preguntas por su cuidado. ¿Esos lugares cuidan de los niños? ¿Cómo lo hacen? ¿Hay vínculos entre quienes integran unos y otros ámbitos? Formular estos interrogantes incorpora la perspectiva infantil a las reflexiones e intervenciones y pone en suspenso nuestros supuestos acerca de los sentidos, relaciones, lugares y prácticas que “deben” participar de la cotidianeidad infantil, para visibilizar aquellas que efectivamente la integran.

En nuestras investigaciones, partir de una categoría amplia y de sentidos múltiples posibilitó relevar formas particulares y entramados específicos de cuidado infantil. Si quisiéramos representarlos de manera gráfica, el resultado mostraría un conjunto de nodos de cuidado, es decir, de lugares o instituciones donde se concentran vínculos, afectos y prácticas que cuidan. A su vez, aquel gráfico estaría surcado por líneas que enlazan aquellos de distintas maneras, en primer lugar, porque los niños efectivamente circulan entre ellos. Y seguidamente, porque las estrategias de intervención social de las escuelas, centros de salud o casas de día ponen de manifiesto sus interdependencias para cuidar, que involucran a su vez a comedores, copas de leche y distintos referentes afectivos. De esta manera, el cuidado infantil se presenta como una trama que se vuelve densa en algunos espacios y en torno a ciertas personas y se distiende para concentrarse nuevamente en otros ámbitos.

Así graficado, se evidencia una multiplicidad de formas que adopta el cuidado infantil, tanto como una diversidad de actores que participan de aquel, contando a los propios niños entre ellos. Ahora bien, en ese entramado se reúnen sentidos contrastantes en torno

---

9 Los espacios usados así como las maneras de habitarlos se modifican al crecer. Entonces, la espacialidad infantil adopta características diferentes según la edad, el género, la nacionalidad y clase social.

a la niñez y, por tanto, miradas en tensión acerca de qué es cuidar y cómo se lleva adelante. De este modo, se despliegan repertorios que jerarquizan algunas prácticas, lugares y personas, al mismo tiempo que se descartan o restringen otras. Entran así en conflicto miradas en las que la niñez es disputada.

En otro de los barrios donde realizamos trabajo de campo, ubicado en la periferia de una agrolocalidad media de la Provincia de Buenos Aires y caracterizado por su polarización en términos socioeconómicos, ese debate –en principio, muy extenso y abstracto– se materializó significativamente<sup>10</sup>.

En ese barrio, les madres y padres pertenecientes a los sectores más pobres venían reclamando al Estado, desde hacía varios años, por la falta de espacios públicos en donde sus hijos pudieran “jugar y sentirse cuidados”. En distintas instancias, las familias habían propuesto la creación de un jardín para nivel inicial y una plaza de juegos.

Cuando la zona comenzó a poblarse de countries y barrios cerrados, les vecines acaudalades se hicieron eco de la necesidad de discutir políticas públicas para la infancia. A partir de ese impulso se concertó una reunión entre les vecines, las organizaciones comunitarias y el Estado municipal. En ese encuentro se tornó evidente que les diferentes participantes sostenían posiciones y perspectivas muy disímiles al momento de definir cuál era el problema ante la falta de espacios de cuidado y recreación para les niñes. A les recién llegades les inquietaba el “vagabundeo infantil” puesto que consideraban que “les niñes sueltas en las calles configura(ba)n un peligro” (Notas de trabajo de campo, julio de 2018). En contraposición, las organizaciones comunitarias y las familias de sectores populares hacían énfasis en las falencias del sistema educativo y en la vulneración de derechos que implicaba la inexistencia de espacios recreativos públicos para las infancias. Unos meses después de este debate, que no incluyó en ninguna de sus instancias voces infantiles, la gestión municipal decidió poner en acto su respuesta. La misma se plasmó en la creación de puestos policiales en el barrio, descartando de plano la moción de construir plazas y jardines y abriendo ineludiblemente el interrogante por quiénes son lxs sujetxs de cuidado de esa acción.

Reponer la espacialidad infantil posibilita reconstruir las tramas de cuidado y los valores morales que ponen en relación el ámbito doméstico –cuyos límites son fluidos y cambiantes como vimos– con

10 Estos fragmentos fueron reunidos en el marco del trabajo de campo realizado por Luisina Morano (2022a, 2022b) entre los años 2016 y 2022 en una agrolocalidad media de la Provincia de Buenos Aires.

diversos lugares y actores. La posición de clase, aunque no exclusivamente, modela los cuidados, no sólo por el acceso diferencial a recursos o instituciones más o menos necesarias para cuidar, sino también, como pudimos relevar en nuestros trabajos etnográficos, por los sentidos de infancia que se ponen en juego cada vez. Las distancias entre formas ideales y/o deseables de vivir la niñez y las posibilidades concretas de alcanzarlas, en ocasiones, impulsan a “buscarle la vuelta” y movilizan acciones para acortar esas brechas y “pelear por los derechos de los pibes”. En otros casos, sin embargo, las respuestas renuevan estereotipos y propician prácticas que niegan y negativizan las experiencias infantiles en la pobreza, dando lugar a situaciones que, aunque discursivamente se presenten como formas de cuidado, sólo refuerzan vulneraciones y profundizan descuidos.

### **Cuidado y relaciones intergeneracionales**

En uno de nuestros registros etnográficos, Noelia, una vecina del barrio popular antes mencionado, ubicado en una agrolocalidad media en la Provincia de Buenos Aires, detalló las cosas que había hecho durante el día. Resulta interesante que nos detengamos por un momento en su relato para realizar un pequeño ejercicio reflexivo. Les proponemos entonces a los lectores que, mientras leen las notas de trabajo de campo que siguen, intenten generar en su imaginación una representación visual de los eventos y personajes que la narrativa señala.

Mientras caminábamos, Noelia contaba que aquella mañana había pasado por la iglesia a buscar comida para llevar a su casa, que había estado conversando con algunas amigas sobre las donaciones que había recibido el centro comunitario y finalmente que al llegar a su casa se había ocupado de Carlos (40 años). Explicó que primero había conversado un poco con él, que luego se había aproximado para olerlo y que finalmente lo había acompañado a tomar el colectivo para que el hombre pudiera ir a hacer su changa. Noelia explicaba que ella realizaba ese pequeño ritual de control y acompañamiento a diario y que algunas veces esa tarea estaba a cargo suyo y otras tantas a cargo de Ana. Invariablemente alguna de las dos se ocupaba. Nunca se olvidaban. Noelia remarcaba que Carlos tenía frecuentemente problemas de alcoholismo y que por eso necesitaba que las personas que formaban parte de su entorno estuvieran siempre pendientes de él, controlando, asistiendo y acompañándolo (Notas de trabajo de campo, abril de 2016).

Seguramente al leer el párrafo anterior han forjado una imagen visual de Noelia y Ana. Retomemos esas representaciones que se delinearon

al compás de la lectura para realizar, tal como habíamos anticipado, un pequeño ejercicio de reflexividad. ¿Cómo son Noelia y Ana? ¿Qué edades han supuesto que tienen? ¿Qué vínculo creen que existía entre ellas y Carlos? Es bastante posible que hayan prefigurado a esas mujeres como enfermeras, hermanas o vecinas de Carlos. En todos los casos, adultas que pertenecen a su entorno y están a cargo de su cuidado.

No obstante, en este caso, como en muchos otros que hemos podido conocer a través de la etnografía, Noelia y Ana son niñas que tenían 11 y 13 años respectivamente cuando el trabajo de campo se llevó a cabo y son, de hecho, las hijas de Carlos. A través de las investigaciones que hemos ido recuperando, recabamos múltiples experiencias similares en las que les niñas despliegan tareas que involucran distintos tipos de cuidados tan imprescindibles para el sostenimiento de la vida familiar y comunitaria como las que desempeñan les adultes. En este sentido, podemos reconocer el papel de les niñas en las estrategias de reproducción social de sus hogares. A modo de ejemplo recordemos el fragmento de registro citado en el apartado anterior. Allí, por un lado, son los primos de Rocío quienes, en tanto niñas, podían retirar los alimentos en la copa de leche que luego compartían con les integrantes de la casa. De otro modo, esta niña asumía el cuidado de su hermano menor, y al hacerlo, posibilitaba que su madre saliera a trabajar para obtener el dinero extra que complementaba, aunque escasamente, el ingreso que recibían por la Asignación Universal.

Imaginar que Noelia y Ana son mujeres adultas que están a cargo de Carlos es muy frecuente, puesto que en nuestras sociedades occidentales y (pos)modernas el cuidado se suele asumir, casi invariablemente, como una actividad unidireccional ejercida por unes adultes que se consideran –y son socialmente consideradas– como exclusivamente capaces de cuidar tanto de sí mismas, como de otros. Desde este modo de ver las relaciones intergeneracionales, generalmente se sobrevalora la capacidad que les adultes tienen para llevar adelante las acciones en el mundo y se devalúa o ignora la capacidad de agencia que tienen otros sectores como les niñas y les ancianos.

Desde la antropología, nos ha interesado mostrar que esta forma de entablar los vínculos entre distintos grupos de edad no tiene nada de “natural” sino que se trata de una construcción histórica y culturalmente moldeada que se basa en un prejuicio: el adultocentrismo, al cual podemos definir como la creencia en que la adultez es la etapa superior de la vida, donde las personas han logrado finalmente completarse y construir su subjetividad de un modo acabado y estable.

El trabajo de campo focalizado en los modos en que cada grupo social asume las tareas de cuidado nos permite problematizar entonces una serie de presupuestos asociados a la infancia y a las maneras en que se construyen los vínculos intergeneracionales. Como hemos visto, les niños no son simplemente receptores de cuidado, sino que también se desempeñan como cuidadores activos tanto de otros niños, como de adultos o ancianos y también de sí mismos.

Tal es el caso de Lucas (12 años) y Andrés (10 años) que son primos y se habían quedado a cargo del quiosco familiar que la mamá de Andrés había armado en la entrada de su casa, ubicada en una finca de producción de tomates muy cerca de Bolivia. Juan (5 años) había quedado al cuidado de ellos junto con su hermana Catalina (1 año) y estaba desesperado por atender. —Si viene alguien a comprar lo quiero atender yo, por favor, por favor —dijo Juan. Lucas, muy serio, le respondió: —Eres muy chango todavía, las golosinas las vendemos nosotros. Lucas se ubicó en un rango de responsabilidad mayor por su edad. Mientras esperaban que se acercara algún cliente, Andrés observó que su hermana de un año se sentó en el piso y le dijo en voz alta: —Catalina ¡no!, en el piso te sientas con una manta. Y fue corriendo al cuarto a buscar una frazada para que la niña no se sentara en el piso de tierra. La madre de Andrés y Juan había salido a hacer un trámite a una ciudad cercana, dejando entrever que ser niña y/o niño en estos contextos sociales implica un mayor grado de autonomía que en sectores de clase media urbana así como la posibilidad de asumir tareas que se considerarían riesgosas desde otros parámetros culturales. En este sentido, reconocer que los niños pueden asumir, y de hecho asumen, tareas de cuidado dentro de sus familias y comunidades no implica desconocer vulneraciones de derechos, ni negar que entre adultos y niños existen asimetrías estructurales que moldean a su vez márgenes de agencia bastante distintos.

El trabajo de campo nos ha permitido conocer muchas de las estrategias que los niños despliegan para disputar sentidos y tensionar acciones o escenarios que les son impuestos. Esto nos lleva a pensar el caso señalado en el acápite anterior, donde la demanda de políticas públicas para la infancia se respondió con la instalación de garitas policiales. Es interesante notar que cuando la policía finalmente se estableció en el barrio y comenzaron los patrullajes cotidianos se agudizó la tensión entre los niños, especialmente varones que solían pasar sus días jugando en las calles o veredas y los efectivos de la fuerza de seguridad. Los policías comenzaron a interrogar a los niños en distintos puntos del vecindario reforzando especialmente los controles en las vías de acceso donde instalaron puestos fijos de



monitoreo. Dado que la conexión entre el vecindario y la ciudad era un puente que sorteaba un extenso río, la circulación de los niños se tornó cada vez más y más compleja. Los policías pedían explicaciones para entrar y salir del barrio, preguntaban números de documento y solicitaban nombres y direcciones. En ese escenario donde se imponían relaciones de poder fuertemente desiguales, las posibilidades de acción de los niños se encontraban cada vez más restringidas. No obstante, ellos no claudicaron ante la nueva dinámica territorial que se había establecido y desarrollaron una estrategia que podríamos considerar de “autocuidado” en tanto les permitía evitar conflictos con la policía: llevar el guardapolvo blanco dentro de la mochila, siempre. El objetivo era usarlo cada vez que necesitaban pasar por el puesto de control para cruzar el puente. La estrategia resultó ser ampliamente exitosa dado que ante la imagen del niño con guardapolvo los policías cedían en sus indagatorias y habilitaban rápidamente el paso. De este modo, y aunque no fueran plenamente conscientes de ello, los niños se valían del estereotipo (el “ideal doméstico sobre la infancia” que imagina siempre a los niños entre la casa y la escuela) y accedían de este modo a su derecho a la ciudad.

## Cierre

En este capítulo hemos presentado algunas claves para construir una mirada sobre el cuidado infantil que retoma debates y herramientas teórico-metodológicas tanto de la antropología como de los feminismos. Este modo de ver nos invita a problematizar algunas representaciones estereotipadas en torno al cuidado que se encuentran fuertemente instaladas en las sociedades occidentales desde los inicios de la modernidad.

Si pensamos el ejercicio de deconstrucción del cuidado infantil como pasos, resulta fundamental dar el primer paso y animarse a pensarlo más allá de la díada madre-hije. En esta escena, compuesta solamente por dos personas, se reifica una serie de nociones anquilosadas que nos ha interesado problematizar debido a dos motivos centrales. En primer término, porque al identificar a la mujer-madre como la única responsable se refuerza la feminización del cuidado, al mismo tiempo que se excluye al resto de las personas que componen la familia tanto de la responsabilidad de cuidar, como del derecho a ser cuidadas. En segundo término, porque la concepción acotada a la díada madre-hije refuerza la idea de que el cuidado se realiza en soledad dentro del hogar y se sostiene sólo con amor y altruismo, cualidades intrínsecamente femeninas



que complementan al “verdadero trabajo” que es el que desarrollan los hombres en el mercado.

Nuestras notas de campo ponen de relieve que, en muchos casos, los estereotipos siguen vigentes. La tarea de cuidado continúa anclándose fuertemente en el ámbito doméstico y, dentro de las casas, las mujeres siguen siendo quienes más cuidan. A su vez, esa ardua labor que no admite descansos y es indispensable para sostener las vidas de los niños y las familias, continúa siendo devaluada en relación con el trabajo que desarrollan mayoritariamente los hombres en el mercado a cambio de dinero.

Otro paso clave para continuar nuestro ejercicio de deconstrucción es atender a las relaciones materiales en que se cuida en contextos socioeconómicos específicos. Nuestros análisis dejan entrever que no basta con analizar conductas, hábitos o representaciones para dar cuenta de los modos de cuidado. Es necesario iluminar que quienes cuidan son quienes menos tienen y que la distribución de recursos estatales no alcanza para compensar las amplias brechas de desigualdades. Aunque el panorama es complejo, los niños y las familias de los distintos barrios y latitudes que hemos explorado suelen generar mecanismos que permiten compensar parcialmente algunas de las asimetrías existentes. Estas estrategias involucran el armado de redes entre familiares, referentes afectivos, instituciones y organizaciones, en que los niños ocupan un lugar central.

Reflexionar sobre nuestros propios modos de comprender a las infancias es otra tarea importante para emprender la deconstrucción. Hemos explorado las maneras en que los niños y adultos de distintos contextos habitan los espacios configurando distintas tramas de cuidado que no se ajustan al ideal doméstico de infancia que vive en nuestro sentido común (Rabello de Castro, 2001). Desde este abordaje, el “callejear” o “andar afuera” con otros puede ser comprendido como parte de una lógica de cuidado que no se repliega dentro de los muros de una casa e involucra a muchas más personas que la familia nuclear. Revisar nuestros prejuicios en torno a la autonomía y las formas de cuidado de niños, sin idealizar ni romantizar, resulta necesario y revelador. En este sentido, al indagar la espacialidad infantil, mostramos cómo los propios niños contribuyen a hilvanar las propuestas de cuidado que surgen desde diferentes instituciones (estatales y comunitarias) involucrando en esas tramas a una gran diversidad de actores sociales. Tal como hemos visto en los casos relevados, es frecuente que distintos sectores acuerden en identificar al cuidado de la infancia como un problema social relevante y reclamen por tanto políticas

públicas estatales al respecto. No obstante, y de acuerdo con el modo en que se conciban tanto las infancias como los cuidados, esas políticas públicas pueden entenderse en sentidos tan divergentes como el control social o la construcción de espacios educativos y recreativos.

Así, también hemos recuperado situaciones de trabajo de campo donde se evidencia la plena vigencia de un presupuesto intergeneracional adultocéntrico. Les niños continúan siendo pensados como objetos de cuidado, invisibilizando de esta manera las tareas que ellos desarrollan para cuidar a otros niños más pequeños o a personas de otras edades. Hemos destacado que el hecho de iluminar esta dimensión de las agencias infantiles no supone negar las asimetrías estructurales y coyunturales. Además, consideramos que dar cuenta de estas actividades fundamentales para el desarrollo de la vida que los niños –sobre todo de los sectores más pobres– llevan adelante, es un modo de ampliar y complejizar el panorama real en el que los cuidados se desarrollan.

Por último, resulta también importante suspender las valoraciones morales. En el mismo sentido que Fonseca (1998), entendemos que el trabajo de la antropología no consiste en relevar situaciones sociales para ejercer luego una evaluación moral respecto del modo en que las distintas personas, familias y comunidades llevan adelante sus vidas. En ese sentido, es importante aclarar que no estamos haciendo una apología de los modos en que los niños y referentes adultos que los rodean llevan adelante distintos trabajos de cuidado. Por el contrario, lo que nos interesa es proporcionar una fotografía de la realidad lo más compleja y diversa posible. Con ese objetivo, relevamos algunas prácticas de cuidado que existen en distintas comunidades y en diversos sectores socioculturales para contribuir a la construcción de políticas públicas que no se erijan sobre estereotipos, sino que se aproximen en mayor medida a las vidas concretas.

El camino que transitamos nos ayudó a elaborar un modo de mirar las infancias y sus cuidados que aquí brindamos como herramienta. Sin duda, hay muchos otros pasos que dar para desarticular las nociones, muchas veces tan instaladas, que nos alejan de la posibilidad de generar empatía y comprensión. Apostamos a que este sea un punto de partida desde el cual forjar vínculos y estrategias de trabajo, tanto como (re)crear instituciones y delinear políticas públicas que efectivamente contribuyan al bienestar de los niños, sus familias y referentes. La disponibilidad de recursos es un mojón ineludible, consensuar algunas coordenadas que orienten su uso es una imperiosa necesidad.